

Jeannette Campos Salas

Hernán Cortés: el *Príncipe* americano

Universidad de Costa Rica

[jeancampos2001@yahoo.com](mailto:jeancampos2001@yahoo.com)

## Introducción

La visión tradicional y oficial de la modernidad incorpora a su haber un conjunto de conceptos, discursos, valores y prácticas que sugieren un ambicioso proyecto racional, liberador, democratizador y con miras al progreso mediante la búsqueda del conocimiento y la verdad. Si bien es cierto la modernidad se caracteriza por el auge y primacía de la razón, luego del pensamiento medieval hay un período considerado de transición renacentista que inaugura una nueva visión de mundo y de ser humano. Dios deja de ser el centro de atención y causa principal de todas las cosas y proyectos humanos y pasa el ser humano a sacar provecho de su propia racionalidad.

Este periodo así llamado del “renacimiento” y dentro del cual se gesta y desarrolla la conquista de América principalmente durante el siglo XVI, está cargado realmente de una dosis de *medievalismo* y una dosis de *racionalidad* ligada al *poder*. Ambas dosis articulan una empresa que puede ser considerada moderna y que va a forjar una nueva subjetividad e intersubjetividades. Se inaugura un nuevo concepto de sujeto, con un interés de dominio sobre la naturaleza a través del conocimiento que se traslada al dominio del otro. Un sujeto moderno capaz de dominarse a sí mismo, de dominar la naturaleza y al otro. Dentro de este marco, la separación entre moral y política que Nicolás Maquiavelo plantea por primera vez de manera

explícita, es objeto de atención para esta nueva concepción o re-configuración del sujeto moderno y va más allá de lo discutido hasta ahora dentro de la modernidad tradicional.

## La modernidad colonial

Según la versión tradicional de la modernidad, el periodo colonial habría sido en realidad una “contramodernidad” o no-modernidad, cuyos efectos retardatarios se manifestarían como decadencia económica, oscurantismo religioso, retraso científico-cultural e incapacidad política. Sin embargo, *colonialismo*, *eurocentrismo* y *capitalismo* son ejes centrales de la modernidad colonial y como tales se insertan dentro del proceso modernizador y sus relaciones de poder. Los cánones de ese eje modernizador surgen en Europa a lo largo del siglo XVI y se desarrollan en el siglo XVII, por lo que los nuevos cambios e ideales asociados con la modernidad tradicional habrían estado ausentes del entorno “civilizatorio” de la modernidad colonial.

La modernidad no es entendida aquí entonces como el estado final de un proceso que pasa por etapas escalonadas según una cronología oficialmente preconcebida, sino como un tipo de conciencia cultural y socio-política capaz de percibir, impulsar y legitimar nuevos cursos de acción y control social. Estas nuevas maneras de control y organización social se inauguran en América:

América se constituyó como el primer espacio/tiempo de un nuevo patrón de poder de vocación mundial y, de este modo y por eso, como la primera *identidad* de la modernidad. Dos procesos históricos convergieron y se asociaron en la producción de dicho espacio/tiempo y se establecieron como ejes fundamentales del nuevo patrón de poder. De una parte, la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de raza, es decir, una supuesta diferente estructura biológica que ubicaba a los unos en situación natural de inferioridad respecto de los otros. [...] De otra parte, la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, en torno del capital y del mercado mundial. (Quijano 202).

La modernidad colonial alude, pues, a procesos conscientes de transformación social cuyas tendencias pueden coincidir, divergir e incluso ser internamente contradictorias a la modernidad tradicional, pero en cuyo despliegue histórico cabe visualizar un paralelismo y simultaneidad. La modernidad oficial tiende a desfasar el periodo colonial, tiende a establecer diferencias considerables de fase entre dos fenómenos alternativos de igual envergadura y trascendencia para su vuelo. Es decir, cabe preguntarse si sin la gran explotación de recursos, las claras relaciones de control y dominio, y la gran explotación de la fuerza de trabajo durante el proceso colonial, se hubiera podido dar la conquista e instauración de la modernidad europea (metropolitana).

Parte fundamental de la modernidad es, pues, el *colonialismo* y el despliegue de una serie de relaciones de poder que son parte de esa modernidad. Los descubrimientos y exploraciones geográficas organizados desde los reinos ibéricos constituyeron uno de los factores desencadenantes de la modernidad europea. Así,

[1]la globalización en curso es, en primer término la culminación de un proceso que comenzó con la constitución de América y la del capitalismo colonial/moderno y eurocentrado como un nuevo patrón de poder mundial. (Quijano 201).

El colonialismo moderno surge como un sistema político que implica y expresa sujeción directa. Es este un control directo de sociedades imperiales sobre países o territorios dominados, de sociedades metrópolis sobre sociedades periféricas, de una lucha con cuartel entre el *progreso* y la *barbarie*. El colonialismo y la colonialidad son, por tanto, componentes básicos del proceso modernizador y su despliegue. Como afirma Bernal Herrera:

Grosso modo, afirmaré que la modernidad es un proceso único, pero articulado alrededor de dos polos distinguibles aunque interdependientes. El primero y único cubierto por la versión usual, es el metropolitano. El segundo, bastante menos estudiado como polo activo de la modernidad, lo es el colonial, llamado así pues si bien fue definido e implementado por las metrópolis, las periferias coloniales fueron su sitio privilegiado, aunque no el único, de su despliegue. (Herrera 20).

La modernidad tradicional invisibiliza el polo colonialista moderno, esa parte activa del proceso modernizador. Se ha negado a aceptar que este proceso modernizador tiene dos caras, y que anterior a la *modernidad metropolitana* de la que forman parte, se dan una serie de prácticas sociales y discursos ya modernos que hacen ver intereses de dominio en la *modernidad colonial*.

De esta manera, la modernidad colonial y la modernidad metropolitana se traslapan, se cubre una por la otra, dando esta última una visión de la modernidad de un modo incompleto y sesgado. “Así, la doble faz de la modernidad también implica una doble mirada, una doble manera de leer e interpretar según se trate de las metrópolis o de las periferias.” (Herrera 23).

Mientras en la modernidad metropolitana se desarrolla el conocimiento, el saber y la liberación, en la modernidad colonial se hace manifiesto un dominio y sujeción directa acentuada y exacerbada en relación con las anteriores prácticas de control, servidumbre, esclavitud y explotación de la tradición con que se quería romper. La modernidad colonial expresa entonces, una modernidad de dominio y no de liberación.

Como se sabe, la visión de la modernidad tradicional y metropolitana planteaba un pretendido y serio interés de ruptura con las viejas creencias, autoridades, valores y tradiciones represoras, mediante la construcción de una epistemología fundamentada en el racionalismo y el empirismo (siglo XVII). Pero ejecutó una doble agenda como proceso global con objetivos definidos alrededor de sus tres ejes básicos: conocimiento, dominio y liberación. La modernidad metropolitana tiende a considerar el periodo colonial como un accidente ajeno y alejado de esa modernidad. Sin embargo,

[e]l polo colonial no fue un accidente histórico, ni una desviación, degradación o fallo del metropolitano, algo que la cronología imposibilita. En efecto, el canon y las empresas que perfilan al polo colonial, tales como el pensamiento de Maquiavelo, la conquista de América y la discusión de Valladolid, son del siglo XVI. En tanto, habrá que esperar al XVII para la aparición del empirismo, el racionalismo y la ciencia, que dan un perfil igualmente claro al metropolitano. (Herrera 22).

Ampliar el concepto de la modernidad a partir de la afirmación de que hay una parte de ella que no ha sido incorporada, implica una revisión de la misma, una reestructuración de su verdadera caracterización y utilidad. Implica redefinirla a partir de la relación entre las *teorías epistémicas* y el *dominio*, es decir, entre *epistemología* y *praxis socio-política*.

La visión *no tradicional* de la modernidad ve entonces la modernidad como un fenómeno *bipolar*. Ve que la modernidad tiene una faceta colonial. Hay un *polo metropolitano* y un *polo colonial* en la modernidad que, aunque distintos, se articulan como una empresa conjunta, como un *continuum* establecido por ambos y vinculantes.

Por una parte, la modernidad colonial es aquella que se despliega en la colonia (Bartolomé de las Casas, Sepúlveda, Hernán Cortés). Por otra parte, la modernidad metropolitana es la que históricamente se despliega en las metrópolis (Descartes, Bacon). Lo que la modernidad *bipolar* permite ver, entonces, es que,

[...] las periferias, y muy particularmente la periferia hispano-americana, no sólo es parte integral del proceso histórico llamado “modernidad”, sino que es dentro de estas periferias donde se da la primera gran oleada modernizadora, lo que implica rechazar la idea de un supuesto carácter no-moderno, e incluso antimoderno, de dicho mundo sociocultural. (Herrera 20).

La visión bipolar o colonial de la modernidad nos presenta el sistema moderno como una estructura que, pretendiendo nuevos horizontes discursivos conceptuales, reincorpora prácticas antiguas en el colonialismo como parte de un proyecto que ya es moderno. Es una gran maquinaria la que se va desplegando en la conquista del mundo y en el origen del nuevo sistema-mundo. Es en esta medida que la modernidad, como categoría analítica, se bifurca y se ramifica. La modernidad metropolitana como periodo histórico en su conjunto de valores culturales, omite esta reflexión y se separa de esa modernidad de “impulsos humanos” en relaciones de *fuerza* que se expresan, fundan y nutren en modelos de dominación y liberación anticuados para su propio despliegue y expansión. Esta modernidad libera a algunos (en las metrópolis) y domina a otros (en las periferias) con proclamas de liberación. Visualizar el lado oscuro de la colonialidad global

implica entender el poder del discurso y centrarse en la relevancia de su aplicación (su dimensión práctica) y la relevancia de sus consecuencias (su dimensión ética). El análisis de su contenido e implicaciones, de cómo es construido ese discurso y puesto en práctica en los diferentes polos, nos conduce a reconocer los elementos liberadores en el polo *metropolitano* de la modernidad, pero a la vez nos obliga a señalar sus limitaciones históricas y su falta de despliegue en las *periferias*.

El *eurocentrismo* viene a ser esa perspectiva cognitiva moderna hegemónica, secular y colonialista fundada en el *dualismo* y el *evolucionismo*. Esta genera y naturaliza nuevas intersubjetividades que se implementan y se perpetúan. Donde hay *dominación* hay ejercicio del *poder* para controlar factores materiales y simbólicos estratégicos. Dicho discurso justifica la dominación de los dominados como si fuera parte del orden “natural” de las cosas. De esta manera, la modernidad tradicional hace viable su agenda oculta, que es finalmente el blanco de sus intereses y esfuerzos.

Uno de los ejes fundamentales de ese patrón de poder es la clasificación social de la población mundial sobre la idea de *raza*, una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que desde entonces permea las dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo su racionalidad específica, el eurocentrismo. (Quijano 201).

Al interior del *polo colonial* de la modernidad, dichos discursos implicarían la visualización y trascendencia del discurso “colonialista occidentocéntrico”. La perspectiva *eurocéntrica* de conocimiento y sus respectivos discursos y conceptualizaciones legitiman las relaciones coloniales de dominación entre europeos y no europeos.

La idea de raza, en su sentido moderno, no tiene historia conocida antes de América. Quizás se originó como referencia a las diferencias fenotípicas entre conquistadores y conquistados, pero lo importante es que muy pronto fue construida como referencia a supuestas estructuras biológicas diferenciales entre esos grupos. (Quijano 202).

Fundadas sobre esta idea, la conformación de relaciones sociales en América produjo identidades sociales históricamente nuevas, como: *indios*, *negros*, *mestizos*, y redefinió otras como *español* y *portugués*, luego: *uropeo*. Desde entonces, además de indicar ubicación geográfica o país de origen, hacían referencia a nuevas identidades con connotación racial. Tales identidades fueron asociadas a jerarquías, lugares y roles sociales que establecieron relaciones de dominio dentro del patrón de dominación colonial.

Históricamente, eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de poder entre dominadores y dominados, que implican justificaciones en las relaciones de dominio a partir de consideraciones de *superioridad e inferioridad*. El éxito de Europa Occidental en la conquista e instauración del nuevo sistema mundo, significó y desarrolló en los europeos, al mismo tiempo, un rasgo común a todos los dominadores coloniales e imperiales de la historia: el *etnocentrismo*.

La asociación entre ambos fenómenos, el etnocentrismo colonial y la clasificación racial universal, ayuda a explicar por qué los europeos fueron llevados a sentirse no sólo superiores a todos los demás pueblos del mundo, sino, en particular, *naturalmente* superiores. (Quijano 210).

Los pueblos colonizados fueron considerados naturalmente razas *inferiores*, y por ello, *anteriores* o atrasados ante los europeos. Fueron ubicados en un nivel inferior y atrasado dentro de su historia y de la evolución humana. Fueron vistos simplemente como “primitivos”, fueron considerados “humúnculos”, según registra Sepúlveda, es decir, hombrecillos inferiores en cualidades racionales y fenotípicas. La *modernidad* y la *racionalidad* fueron imaginadas entonces como experiencias y productos exclusivamente europeos.

La versión eurocéntrica de la modernidad está fundada, entonces, en dos mitos importantes que habría que aclarar y destacar:

uno, la idea-imagen de la historia de la civilización humana como una trayectoria que parte de un estado de naturaleza y culmina en Europa. Y dos, otorgar sentido a las diferencias entre Europa y no-Europa como diferencias de naturaleza (racial) y no de historia del poder. (Quijano 211).

La vertiente discursiva e imaginaria de la modernidad eurocentrista, intenta justificar la injusticia de la dominación, mientras que la vertiente discursiva de la visión *bipolar* de la modernidad intenta denunciar, develar y enjuiciar dicho discurso y sus correspondientes prácticas socio-políticas.

Para legitimar su discurso y hacer que este tenga fuerza retórica frente a los subordinados, los dominadores se basan en la premisa de una inherente superioridad, dicha construcción discursiva impresiona, afirma y naturaliza el poder de las élites dominantes, la subordinación de los dominados y la misma conciencia de los dominadores que necesitan tener su convicción cultivada y sostenida. El eurocentrismo es entonces, esa perspectiva cognitiva y valorativa que trae consigo una serie de estrategias e imposiciones. Es una forma de visión de mundo.

Por tanto, parte fundamental de la modernidad es el colonialismo y el despliegue de prácticas socio-políticas en relaciones de poder que son parte de ella misma.

En el proceso de constitución histórica de América, a partir de la categoría raza, según Quijano, se establecen identidades raciales que van a funcionar como instrumentos de clasificación social básica de la población y, al mismo tiempo, como soportes de las nuevas formas de control, división y explotación del trabajo:

Quedaron incluidas la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, la reciprocidad y el salario. En tal ensamblaje, cada una de dichas formas de control del trabajo no era mera extensión de sus antecedentes históricos. Todas eran histórica y sociológicamente nuevas. (Quijano 204).

Las nuevas formas de control del trabajo incluían asimismo, el control, apropiación y distribución de productos. Siguiendo a Quijano, éstas fueron articuladas alrededor de la relación capital-salario y del mercado mundial y fueron:

1) deliberadamente establecidas y articuladas para producir mercaderías para el mercado mundial;

2) no existían sólo de manera simultánea en el mismo espacio-tiempo, sino que también, todas y cada una estaban articuladas al capital y a su mercado, y por este medio entre sí, como parte de un orden conjunto; y

3) cada una de ellas desarrolló nuevos rasgos y nuevas configuraciones histórico-estructurales.

De esta manera, se estableció por primera vez en la historia conocida, un patrón global de control de trabajo, de sus recursos y de sus productos de corte *capitalista*:

Y en tanto que se constituía en torno a y en función del capital, su carácter de conjunto se establecía también con carácter capitalista. De este modo se establecía una nueva, original y singular estructura de relaciones de producción en la experiencia histórica del mundo: el *capitalismo mundial*. (Quijano 204).

Se impuso, entonces, una sistemática división racial del trabajo. Esta distribución racista del trabajo al interior del capitalismo colonial-moderno se mantuvo a lo largo de todo el periodo colonial y posteriormente el mismo criterio de clasificación social fue impuesto a toda la población mundial a escala global:

Así, cada forma de control del trabajo estuvo articulada con una raza particular. Consecuentemente, el control de una forma específica de trabajo podía ser al mismo tiempo el control de un grupo específico de gente dominada. Una nueva tecnología de dominación/explotación, en este caso raza/trabajo, se articuló de manera que apareciera como naturalmente asociada. Lo cual hasta ahora, ha sido excepcionalmente exitoso. (Quijano 205).

Blancos, negros, indios, mestizos y posteriormente amarillos y aceitunados son entonces, parte de esta distribución racista del trabajo y de las diferentes formas de explotación del capitalismo colonial. Hubo, dice Quijano, formas de trabajo no pagadas a las razas colonizadas (indios, negros), de un modo más complejo a los mestizos y un trabajo asalariado para los de la raza colonizadora (blancos).

La *colonialidad del poder* jugará entonces, un papel de primer orden en la visión eurocéntrica de la modernidad. La manera en que la *colonialidad del poder* está vinculada a la concentración de capital en Europa, del salario, de los asalariados, del mercado del capital, de la sociedad y la cultura en general, está asociada con esas determinaciones. La privilegiada posición ganada con América para el control del oro, la plata y muchas otras mercancías producidas por medio del trabajo gratuito de indios, negros y mestizos, y la posibilidad del tráfico de mercancías mundialmente por la ventajosa posición de la vertiente Atlántica, otorgó a los blancos una ventaja decisiva en el control comercial mundial. En este sentido es que la *modernidad* fue *colonial* desde su punto de partida, aunque haya sido en Europa donde, de manera más directa e inmediata, se diera el impacto del proceso mundial de modernización.

### Elementos maquiavélicos en la modernidad colonial

El pensamiento de Nicolás Maquiavelo, que se ubica en el siglo XVI, va a perfilar claras características de la modernidad y del buen o mal uso que se haga del poder en ella. Es decir, Maquiavelo, en *El Príncipe*, no sólo nos incita a separar la política de la moral sino que los mismos contenidos de su propuesta van constituyendo una nueva visión del sujeto epistémico que aspire al poder. Rompe con la tradición del pensamiento político cristiano heredado de la Edad Media, pero va más allá de eso y configura una nueva visión de sujeto político.

En un momento de crisis económica personal por razones políticas, Maquiavelo deja claro lo valioso que puede resultar el conocimiento y la comprensión del texto que está entregando a Lorenzo de Medici, señor de Florencia. Y lo presenta de la siguiente manera:

[...] no he encontrado entre mis pertenencias nada que considere de más *valor* o tanto más estime como el *conocimiento* de las acciones de los hombres ilustres, que he adquirido a través de una larga experiencia de las cosas *modernas* y una continuada lectura de las *antiguas*; las cuales, después de haberlas meditado y examinado con gran diligencia durante largo tiempo, ahora envío, recogidas en un pequeño volumen, a Vuestra Magnificencia. (Machiavelli 11).

Los contenidos del *El Príncipe* no sólo nos muestran la dinámica del poder desde una perspectiva de realismo político. También nos presentan un “príncipe nuevo”, es decir, un príncipe versado en las técnicas del poder, su conquista, administración y conservación. Maquiavelo nos dice cómo *es realmente* el poder político (del príncipe) y no cómo *debe* o debería serlo.

¿Qué tipo de relación hay entre epistemología y dominio en Maquiavelo? Durante la Edad Media el sujeto se definía en función de su *capacidad moral*, entre el buen y el mal cristiano. En la Modernidad, el ser humano pasa a definirse en función de su *capacidad epistémica*. En la modernidad *colonial* del siglo XVI lo que va a definir al sujeto es su *voluntad de poder*. Habría entonces un proceso de conformación y definición del sujeto en esta etapa histórica que implica una delimitación de sus respectivas relaciones de poder: entre buenos y malos, salvos o condenados, los que mandan y los que obedecen, los dueños de la verdad y los que permanecen en el error. Maquiavelo es el teórico de la modernidad colonial en este sentido.

Podríamos decir que el sujeto moderno se define por su manejo del conocimiento para el control de la naturaleza y del entorno social. El sujeto epistémico moderno tendrá que lograr, a través del conocimiento, el dominio de sus pasiones, el dominio de la naturaleza y el dominio del otro. *El Príncipe* refleja perfectamente ese esquema de conocimiento y dominio, pues Maquiavelo describe el poder como una relación asimétrica entre dos partes, en la cual hay una que impone su voluntad y otra que acata tal decisión; pero al mismo tiempo afirma un principio fundamental para comprender su teoría política: la realidad es dinámica. Concretamente, Maquiavelo afirma que, al ser la realidad dinámica, un príncipe no puede aferrarse a cosas o criterios estáticos, tales como amistades, virtudes o defectos. Al interactuar el príncipe con la realidad, debe ser él también dinámico, adaptarse a las situaciones cambiantes para así obtener y conservar el poder. Maquiavelo establece por consiguiente una epistemología política novedosa y particular. El disimulo, la capacidad de engaño y la voluntad de poder aparecen desde esta perspectiva como elementos necesarios de una concepción técnica y estratégica de la política. Sin embargo, se suele olvidar que esa misma capacidad epistémica encontró un campo nuevo de

aplicación en la expansión colonial europea desde el siglo XVI, lo que podríamos llamar el capítulo colonial de la modernidad o *modernidad colonial*.

Para Maquiavelo, el fin del príncipe es lograr un buen manejo de la fortuna, la virtud y la necesidad. La *fortuna*, en su sentido renacentista, es el conjunto de acontecimientos imprevisibles a los que tiene que enfrentarse el sujeto político. La *virtud*, en este mismo contexto, nada tiene que ver con su sentido cristiano, sino que alude al coraje político de quien debe poner a su favor la fortuna utilizando los medios necesarios para ello. Es preciso que el príncipe, para conservar el poder, “aprenda a no ser bueno”, o bien a “serlo o no, según la *necesidad*”. El príncipe no ha de preocuparse de que le censuren por aquellos *vicios* sin los cuales difícilmente podría salvar el estado –nos dice Maquiavelo– porque se encontrará algo que parecerá *virtud*, pero que practicarla significará su ruina, y algo que parecerá *vicio*, pero que practicándose le proporcionará bienestar y seguridad.

La *virtud*, en *El Príncipe*, supone la capacidad de reconocer en cada momento las circunstancias reales y tomar las decisiones adecuadas para que la *fortuna*, es decir, el devenir de los acontecimientos, resulte favorable:

Aquél príncipe que se apoya íntegramente en la fortuna, cae según ella cambia. Aún más: creo que es próspero aquel que armoniza su modo de proceder con los caracteres de los tiempos [...] Si uno se comporta con cautela y paciencia y los tiempos y las cosas marchan de tal manera que su modo de proceder sea bueno, tiene éxito; pero si los tiempos y las cosas cambian, se arruina, porque no cambia de forma de proceder. (Machiavelli 135-136).

La virtud es en este sentido una capacidad epistémica: la capacidad de reconocer las relaciones y contextos de poder y actuar en consonancia. Esa capacidad de leer las circunstancias y saber reconocer la oportunidad para obtener el poder es lo que hará a un príncipe “*Príncipe*”. No reconocer o conocer mal la naturaleza humana (el príncipe debe ser temido más que amado), no leer correctamente la situación que está ocurriendo (análisis de coyuntura) y racionalizar su conducta en función de medios y no de fines (dejarse llevar por las pasiones), serían los errores

epistémicos del *Príncipe*. Maquiavelo, al igual que Descartes, en este sentido, introduce una nueva visión de ser humano o sujeto epistémico. Maquiavelo introduce la *voluntad de engaño*.

Atendiendo a su postulado de reconocer las circunstancias específicas de cada constelación política, Maquiavelo distingue varias clases de principados: el *principado hereditario*, el *principado eclesiástico* y el *principado nuevo*:

Los principados, o son hereditarios, es el caso de aquellos en los que el linaje de un señor ha sido durante largo tiempo príncipe, o son nuevos. Y los nuevos, o son totalmente nuevos, [...] o son como miembros añadidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere [...] Los dominios adquiridos de este modo, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe, o están habituados a ser libres; y se adquieren o con las armas de otros o con las propias, por fortuna o por virtud. (Machiavelli 13).

La caracterización de los distintos principados es fundamental para el análisis del poder en el periodo colonial moderno, ya que la conquista de nuevos territorios ultramarinos y el sometimiento de poblaciones culturalmente distintas (la dominación del *otro*), supusieron un desafío para el saber político de la Europa del Renacimiento. En efecto, nos dice Maquiavelo:

En los estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe, las dificultades para mantenerlos son menores que en los nuevos, porque basta con no descuidar el orden establecido por sus antepasados y reaccionar ante los imprevistos según las circunstancias; de modo que, sin un príncipe tiene una destreza normal, se mantendrá siempre en su estado, a no ser que una fuerza extraordinaria y excesiva lo prive de él. (Machiavelli 14).

Y agrega, más adelante: “Pero en el príncipe nuevo radican las dificultades, sobre todo si no es del todo nuevo, aunque lo sea en tanto miembro de otro, de forma que casi podemos llamarle mixto.” (Machiavelli 16).

Los estados *mixtos* son para Maquiavelo aquellos que al adquirirse se añaden a otro estado antiguo perteneciente a aquel que los adquiere, y son de la misma provincia y de la misma lengua o no lo son (ver Machiavelli 17). Cuando los estados que se adquieren no son de la misma

lengua, costumbres e instituciones, se presentan dificultades. En este caso hay que tener *fortuna* y *habilidad* para conservarlos. Lo mejor y más eficaz en estos casos, según Maquiavelo, sería que la persona que los adquiere se vaya a vivir a ellos. Sin embargo, si esto no es posible, hay “otro gran remedio”:

Crear colonias en uno o dos lugares, que sean como cadenas de ese estado; porque o haces esto, o has de mantener grandes contingentes de caballería e infantería. En las colonias no se gasta mucho; y casi sin gastos, o muy pocos, se las crea y se las mantiene; [...] (Machiavelli 19).

Este es precisamente el punto en el que las concepciones políticas maquiavelianas entroncan con la dimensión colonial de la modernidad. Maquiavelo afirmará que el establecimiento de *colonias* es la mejor forma y la más económica de conservar el poder en los estados conquistados y culturalmente distintos. Los perjudicados por la colonización no pueden amenazar, pues se quedan “empobrecidos y dispersos”. Si en lugar de colonias se tiene tropas militares, se gasta más, pues se “consumen en la guardia todos los ingresos del estado”. Así, “esta guardia es tan inútil, desde todo punto de vista, como útil la de las colonias.” (Machiavelli 20). Como veremos más adelante, las estrategias aplicadas por Hernán Cortés para la conquista del imperio azteca ofrecen un ejemplo práctico de la aplicación del saber político renacentista en la colonización del Nuevo Mundo. No se insinúa con esto que Cortés se haya servido de los consejos de Maquiavelo, entre otras cosas porque *El Príncipe* (que fue escrito en 1513) se publicó en 1532, más de diez años después de consumada la conquista, pero sí que el conquistador español estaba imbuido del espíritu político del renacimiento europeo. Como afirma Carlos Fuentes:

La quema de las naves, la decisión de marchar hasta Tenochtitlan, la inteligencia política para advertir las fisuras del imperio azteca y sumar descontentos en contra del autócrata Moctezuma, todo ello identifica a Hernán Cortés con su tiempo, el renacimiento europeo y su psicología, la del príncipe maquiavélico. Realmente, la gesta mexicana de Cortés puede leerse como si el extremeño hubiese leído al florentino. (Fuentes 9).

Este espíritu renacentista se manifiesta sobre todo en la habilidad de Cortés para establecer alianzas políticas en un entorno hostil. Según Maquiavelo, en cuanto un extranjero poderoso entra en una provincia, los que son poco poderosos se adherirán a él, por la envidia que tienen a otros más poderosos que ellos. Así, no le costará gran esfuerzo ganarse a los menos poderosos, porque pronto correrán tras el poder. Esto pertenece, según él, al “orden de las cosas” en relación con el conocimiento de la naturaleza humana y el poder. Hernán Cortés demostró manejar esta misma intuición al derrotar y posteriormente forjar alianzas con los tlaxcaltecas y otras etnias nativas tras su desembarco en tierra firme.

### Los relatos y prácticas socio-políticas en la conquista de México

Hay elementos que caracterizan al príncipe maquiaveliano que pueden ser detectados muy claramente en el personaje de Hernán Cortés y su relato de la conquista de México. En las *Cartas de relación*, con su detallada descripción de la complejidad de la conquista, podemos observar la habilidad, la astucia y la capacidad de engaño de Cortés, la imagen maquiaveliana del *príncipe nuevo* y las características y utilidades del *colonialismo*. Pero las *Cartas* poseen también un particular tono narrativo. Por un lado, constituyen una detallada descripción de los avatares de Cortés a lo largo de la conquista del Imperio Azteca. Por otro lado, son un ejercicio de auto-ensalzamiento para legitimar esa conquista ante la Corona de España, ya que Cortés había desobedecido las órdenes originales de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que era quien le había enviado a explorar las costas del Golfo de México. Resultaría interesante contrastar el tono de las *Cartas* con el del otro gran relato de la conquista, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, uno de los soldados de la tropa de Cortés, quien en su vejez también reclama un pedazo de la gloria atribuida exclusivamente al capitán extremeño. En las *Cartas de relación* Cortés se presenta a sí mismo como un devoto servidor de la Corona, siempre dispuesto a sacrificar su patrimonio y arriesgar su vida por los intereses del Emperador Carlos V. Las cifras de enemigos y las dimensiones de las batallas resultan desproporcionadas e

inverosímiles, pero sirven para aumentar la gloria de quien las relata y sale victorioso de ellas. El relato se encuentra salpicado de lo que podríamos llamar *momentos maquiavelianos*, episodios que le sirven a Cortés para demostrar su determinación y arrojo, el favor divino y la necesidad de usar la violencia y la crueldad según las circunstancias. Hernán Cortés encarna el nuevo sujeto maquiaveliano y logra, de ese modo, legitimar su poderío y atribuirse los méritos. Los episodios que podrían resultar más embarazosos están ausentes del relato, como la matanza de nobles aztecas realizada por Pedro de Alvarado mientras Cortés trataba de neutralizar en la costa a Pánfilo de Narváez, que había llegado desde Cuba para arrestarle.

Cortés se encontraba, en realidad, ante la tesitura señalada por Maquiavelo cuando aludió a la conservación de estados nuevos adquiridos por las armas:

Hay tres formas de conservar los estados adquiridos cuando éstos, como hemos dicho, están habituados a vivir con sus leyes y en libertad: la primera consiste en destruirlos; la segunda en ir y vivir allí en persona, y la tercera en dejarles vivir con sus leyes. (Machiavelli 31).

Los principados completamente nuevos, en los que también el príncipe es nuevo, ofrecen mayores o menores dificultades para mantenerlos dependiendo del grado de *virtud* del que los adquiere. (33).

Los que, como ellos, llegan a príncipes por vías virtuosas adquieren el principado con dificultad, pero lo mantienen fácilmente; y los obstáculos con que se enfrentan al adquirir el principado se deben en parte a las nuevas instituciones y a las normas que se ven forzados a introducir para afianzar su estado y su seguridad. (35).

Como príncipe conquistador, Hernán Cortés tuvo que combinar elementos de las distintas opciones señaladas por Maquiavelo, pero en última instancia la Nueva España se fundó sobre las ruinas del imperio de Moctezuma y Cortés fue finalmente desposeído por la Corona española de su autoridad sobre los reinos conquistados. Lo que me interesa en este trabajo es, en todo caso, desentrañar las claves de Cortés como príncipe maquiaveliano y las connotaciones que el contexto colonial introduce dentro de los supuestos de la teoría política renacentista.

En *El Príncipe*, Maquiavelo alude a Francesco Sforza, duque de Milán, como modelo más reciente de *príncipe nuevo*:

quien en su principado nuevo juzgue necesario asegurarse contra enemigos, ganarse amigos, vencer o por la fuerza o por el engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, hacerse seguir y reverenciar por los soldados, destruir a quienes le pueden o deban ofender, innovar con nuevas instituciones el antiguo orden, ser severo, y agradable, magnánimo y liberal, suprimir la milicia desleal, crear una nueva, mantener la amistad de los reyes y de los príncipes para que tengan que beneficiarle con cortesía o atacar con temor, no puede encontrar ejemplo más reciente que el duque. (46-47).

Cortés no se queda atrás, como hemos visto. En su análisis sobre Cortés, Carlos Fuentes nos dice que la necesidad de vencer a Moctezuma lo estimula como a un jugador de ajedrez: “El extremeño supera constantemente los azares de la fortuna haciendo -literalmente- de tripas corazón. Si no persuade, traiciona. Si no traiciona, combate. Si no combate, asesina”. (Fuentes 10).

La primera clave de la epopeya de Cortés es sin duda su habilidad para fraguar alianzas. Su *virtud*, su energía política y marcial no sólo se muestra en el campo de batalla sino también en su capacidad para comprender la estructura política de los pueblos con que se enfrenta, reconocer las debilidades del enemigo y aprovecharlas en su favor. Así, al llegar a la isla de Cozumel, frente a las costas de Yucatán, Cortés advierte a los primeros caciques que se encuentran, de las ventajas que les supondría someterse al rey de España, pues al ser éste tan poderoso “no habría quien los enojase”. Ya en tierra firme, al entrevistarse con los caciques de Cempoal, se entera de que son vasallos de un gran emperador, Moctezuma, pero también que éste lo era “por fuerza y de poco tiempo acá”:

Y como por mí tuvieron noticias de vuestra alteza y de su muy grande y real poder, dijeron que querían ser vasallos de vuestra majestad y mis amigos, y que me rogaban que los defendiese de aquel gran señor que los tenía por fuerza y tiranía, y que les tomaba sus hijos para matarlos y sacrificar a sus ídolos. Y me dijeron

otras muchas quejas de él, y con esto han estado y están muy ciertos y leales en servicio de vuestra alteza, y creo lo estarán siempre por ser libres de la tiranía de aquél. (Cortés 41).

Posteriormente, al llegar al territorio tlaxcalteca, cree reconocer en su estructura política similitudes con las ciudades-estado italianas:

El orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente de ella tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores, y todos residen en esta ciudad y los pueblos de la tierra son labradores y son vasallos de estos señores, y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos más que otros, y para sus guerras que han de ordenar júnctanse todos y todos juntos las ordenan y conciertan. (53).

Tras derrotar a los tlaxcaltecas y lograr su alianza, masacra a los enemigos de éstos, los habitantes de la ciudad de Cholula (*Churultecal*), y les obliga a forjar una alianza con aquellos. En todas estas maniobras, el disimulo y la capacidad de engaño son fundamentales. Así, cuando recibe a los primeros emisarios de Moctezuma y los tlaxcaltecas, enemigos de los aztecas, le previenen de lo traidores que son, Cortés aprovecha para agrandar la brecha entre ambos:

Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos. Y aún me acordé de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur*, y con los uno y con los otros meneaba, y a uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito de más amistad que al otro. (54).

De la misma manera, cuando Moctezuma le relata el mito de Quetzalcóatl, quien habría de regresar desde la tierra de donde sale el sol para gobernar sobre ellos, Cortés aprovecha para confirmar su creencia: “Y yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que vuestra majestad era a quien ellos esperaban.” (67-68).

Pero la creación de alianzas necesitaba también la sanción de la fuerza y el uso ejemplarizante de la crueldad. Ya lo había advertido Maquiavelo:

muchos ni siquiera en tiempos de paz han conseguido mediante la crueldad conservar el estado, y no digamos ya en los inciertos tiempos de guerra. Creo que esto es debido al mal o buen uso que hagan de las crueldades. Se puede decir que están bien usadas (si es lícito hablar bien del mal) aquellas que se realizan en un determinado momento por necesidad de asegurarse y en las que después no se insiste, sino que se convierten, en la medida de lo posible, en útiles para los súbditos. (Machiavelli 52-53).

Cortés hace uso de ambas cuando lo considera necesario. La masacre de Cholula le sirve no sólo para derrotar a esta ciudad y obligarla a aliarse con él, sino para amedrentar a los tlaxcaltecas en caso de que pensasen traicionarle. Tras la *Noche Triste* Cortés tiene que volver a *pacificar* la región de Cholula, donde diez españoles habían sido asesinados. Las medidas que toma buscan amedrentar:

Hice ciertos esclavos porque, demás de haber muerto a los dichos españoles y rebelándose contra el servicio de vuestra alteza, comen todos carne humana. Y también me movió a hacer los dichos esclavos por algún espanto a los de Culúa y porque también hay tanta gente, que si no se hiciese grande el castigo y cruel en ellos, nunca se enmendarían jamás. (Cortés: 115).

Asimismo, durante el sitio al que le someten inicialmente los tlaxcaltecas, sospecha de la embajada de cincuenta emisarios que éstos le envían para negociar. Al confirmar que son espías “los mandé tomar a todos cincuenta y cortarles las manos y los envié que dijese a su señor que de noche y de día y cada cuando él viniese, verían quién éramos” (Cortés 49). Su actitud es similar con sus propios hombres cuando sospecha que quieren traicionarle, como es el caso de los cuatro españoles que intentan robar una nave para pasarse al bando de Diego Velázquez.

A lo largo de todo el relato Cortés hace continuamente gala de su determinación y atrevimiento. Declara así haber estado dispuesto a arriesgar la flota entera para ir a rescatar a Jerónimo de Aguilar, un antiguo naufrago prisionero de los indios desde hace años. Pero si

siempre sale con bien de sus lances no es sólo por su propia *virtud*, sino porque también la “divina providencia” parece acompañar su empresa. A punto de embarcar para rescatar a Aguilar, el tiempo empeora y sus pilotos le disuaden de zarpar. Pocas horas después, el propio Aguilar llega hasta ellos en una canoa con indígenas:

Y túvose entre nosotros aquella contrariedad de tiempo que sucedió de improvviso, como es verdad, por muy gran misterio y milagro de Dios, por donde se cree que ninguna cosa se comienza que en servicio de vuestras majestades sea que puede suceder, sino en bien. (Cortés 19).

En la batalla del río Grijalba, la desproporción de fuerzas es abrumadora, pero una vez más Cortés alcanza una victoria sorprendente: “Crean Vuestras Reales Altezas por cierto, que esta batalla fue vencida más por la voluntad de Dios que por nuestras fuerzas.” (Cortés 23).

Otra clave fundamental para comprender el texto de Cortés es la necesidad de legitimar su conquista en un doble sentido. En primer lugar, por haber quebrantado las órdenes del gobernador de Cuba metiéndose a conquistar y alzándose contra él. En segundo lugar, por conquistar a pueblos y príncipes que viven “más política y razonablemente que hasta hoy en estas partes se ha visto”. En el primer aspecto Cortés va a recurrir a una estratagema jurídico-política: la fundación de la ciudad de Vera Cruz (ver Frankl). Utilizando la tradición legal castellana de las Siete Partidas, Cortés va a utilizar los derechos de la comunidad para desafiar la autoridad de un agente de la Corona, el gobernador Diego Velázquez, al que se descalifica como tiránico:

Como en esta Armada venimos personas nobles, caballeros hijosdalgo, celosos del servicio de Nuestro Señor y de Vuestras Reales Altezas, y deseosos de ensalzar su corona real, de acrecentar sus señoríos y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho capitán Hernando Cortés, diciendo que esta tierra era buena [...] ; por tanto, que lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de Vuestras Altezas Reales, se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen, porque siendo esta tierra poblada de españoles, además de acrecentar los reinos y señoríos de vuestras majestades y sus rentas, nos podrían hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de más allá viniesen en adelante [...] y le requerimos que luego cesase de hacer rescates a la manera que los

venía a hacer, porque sería destruir la tierra en mucha manera y vuestras majestades serían en ello muy deservidos, y que asimismo le pedíamos y requeríamos que luego nombrase para aquella villa que se había por nosotros de hacer y fundar, alcaldes y regidores en nombre de Vuestras Reales Altezas.” (Cortés 25).

Cortés consigue, por tanto, que sus hombres se constituyan en asamblea para la fundación de una villa, con su ayuntamiento y cabildo, y lo nombren justicia mayor y capitán de las armas del rey “hasta que vuestras majestades provean lo que más a su servicio convenga”.

En el segundo aspecto, justificar la conquista de reinos extranjeros que tienen sus propias autoridades, Cortés va a presentar a Moctezuma también como un tirano, detentador por tanto de un poder ilegítimo. Este es un criterio que ciertamente no se encuentra en la teoría maquiaveliana del príncipe, sino en la del derecho natural de la neo-escolástica española, pero va a tener gran importancia en la filosofía política de las sociedades que emergerán en la América española (ver Colom González). La ilegitimidad del poder de Moctezuma no vendría dada sólo por el sometimiento violento en que mantenía a sus súbditos, sino también por las prácticas aberrantes que consentía, como los sacrificios humanos, la antropofagia y la sodomía. Con esto Cortés suma una razón adicional para legitimar la conquista: la evangelización de estos pueblos paganos:

Y cierto sería Dios Nuestro Señor muy servido si por mano de Vuestras Reales Altezas estas gentes fuesen introducidas e instruidas en nuestra muy santa fe católica y conmutada la devoción, fe y esperanza que en estos sus ídolos tienen en la divina potencia de Dios, porque es cierto que si con tanta fe y fervor y diligencia a Dios sirviesen ellos harían muchos milagros. Es de creer que no sin causa Dios Nuestro Señor ha sido servido que se descubriesen estas partes en nombre de Vuestras Reales Altezas para que tan gran fruto y merecimiento de Dios alcanzasen Vuestras Majestades mandando informar y siendo por su mano traídas a la fe estas gentes bárbaras, que según lo que del[los] hemos conocido creemos que habiendo lenguas y personas que les hiciesen entender la verdad de la fe y el error en que están, muchos de ellos y aun todos se apartarían muy brevemente de aquella errónea secta que tienen y vendrían al verdadero conocimiento, porque viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto.” (Cortés 30).

En las *Cartas de relación* podemos encontrar entonces no sólo un ejercicio práctico de la *política moderna* inaugurada por el Renacimiento. El encuentro con el *otro* en el Nuevo Mundo obliga a esa teoría política a plantearse los desafíos de la colonización y el sometimiento de pueblos totalmente ajenos a la cultura europea: el proceso de la *modernidad colonial*. Se inaugura así una modernidad con intereses de dominio a partir de un nuevo sujeto y un nuevo tipo de conocimiento; una nueva manera de entender el mundo, la naturaleza y al ser humano en las relaciones de poder.

La dominación del Nuevo Mundo lleva a los conquistadores a comparar continuamente éste con el Viejo Mundo. La similitud de las ciudades y de la naturaleza americana con las de Europa es constantemente mencionada en las relaciones de Cortés:

La cual ciudad [de Tlaxcala] es tan grande y de tanta admiración que aunque mucho de lo que de ella podría decir dejé, lo poco que diré creo que es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescado de ríos y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cotidianamente todos los días hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas así de mantenimiento como de vestido y calzado que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras y de otras joyas de plumajes, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de muchas maneras y muy buena y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan. Hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda la manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y tal que lo mejor de África no se le iguala. (Cortés 52-53).

Esta similitud y abundancia convierte a estos territorios en objetos asombrosos y deseables. La riqueza en recursos naturales y la sofisticación de las prácticas comerciales de los nativos constituyen una promesa de enriquecimiento, de gloria y de poder para los colonizadores y sus

soberanos. Estas partes del relato también negarían la creencia eurocentrista de que la modernidad y la racionalidad pertenecía sólo a los blancos europeos, pues, como se ve, su organización social, la estructuración de sus ciudades, distribución de los espacios, la disposición de las diversas partes de un todo con cierto orden y el manejo de los mercados, no eran tan ajenos a la armadura social y constitución de las ciudades europeas. Sin embargo, como ya se ha dicho, esta era una empresa que gozaba de la bendición divina, ya que no sólo se adquirirían nuevos súbditos y territorios, también se “salvaban almas”.

Finalmente, la epopeya de Cortés termina con un giro irónico y hasta frustrante. Nuestro *nuevo príncipe* americano, a despecho de su derroche de *virtud*, no consiguió que la fortuna le sonriese hasta el final. Como concluye Carlos Fuentes:

Hernán Cortés era un *hombre nuevo*, un producto de la naciente civilización urbana post-feudal de España. Ignoro si era portador de ese impulso democratizador que fue brutalmente arrestado en Villalar en 1521. No deja de ser llamativo que ese mismo año 1521, Cortés conquista la capital del imperio azteca y Carlos V derrota a las comunidades de Castilla. ¿Perdieron las burguesías post-medievales españolas en Villalar y ganaron en México? Si así fue, si el hijo del molinero de Medellín y pasajero alumno de Salamanca venció con su genio político y militar al imperio del Gran Tlatoani Moctezuma, no cabe duda de que, también, Cortés fue derrotado por la corona española. (10).

## Bibliografía

Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. México: Editorial Tomo, 2008.

Colom González, Francisco. “La tutela del *bien común*. La cultura política de los liberalismos hispánicos”. *Modernidad iberoamericana. Cultura, política y cambio social*. Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert – CSIC, 2009. 269-298.

Chabod, Federico. *Escritos sobre Maquiavelo*. México D.F.: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1994.

Chevallier, Jean Jacques. *Los Grandes Textos Políticos*. Madrid: Editorial Aguilar., 1972.

Frankl, Victor. “Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas”. *Revista de Historia de América* 53-54 (1962): 9-74.

Fuentes, Carlos. “Hernán Cortés”. *Letra Internacional* 67 (2000): 9-10.

Garin, Eugenio. *Medioevo e Rinascimento*. Roma: Editore Laterza, 1973.

Gautier-Vignal, Louis. *Maquiavelo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1971.

Herrera, Bernal. “Las dos caras de la moneda: modernidad colonial y metropolitana.” *Pasos* 131 (mayo-junio 2007): 19-24.

Machiavelli, Niccolo. *El Príncipe*. Madrid: Editorial Mestas, 2007.

Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. Antología de lecturas: Filosofía Moderna: epistemología y dominio” (2008). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales*. Ed. Edgardo Lamper. Buenos Aires: CLACSO, 2000. 201-245.